Laura Bellini



Devuélveme este baile

Un paso del pasado.
Un nuevo valor para dejarse abrazar

Devuélveme este baile

Un paso del pasado. Un nuevo valor para dejarse abrazar

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901229

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Los pasos que nunca olvidamos 13
Capítulo 2 - Entre la luz y la sombra..... 24
Capítulo 3 - Cuando la música se apaga..... 36
Capítulo 4 - Las cosas que no se dicen de inmediato..... 47
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 60
Capítulo 6 - Ese único paso..... 72
Capítulo 7 - Lo que no se ve en el espejo 83
Capítulo 8 - Al otro lado del objetivo 95
Capítulo 9 - El valor de no soltar 107
Capítulo 10 - Sin un ritmo marcado 120
Capítulo 11 - Un lugar en la mesa.....132
Capítulo 12 - El precio de las cosas que no se dicen 142
Capítulo 13 - No todo está en venta 154
Capítulo 14 - La verdad dicha en voz baja 165
Capítulo 15 - El nombre que faltaba.....175
Capítulo 16 - Cuando hay que soltar la mano.....187
Capítulo 17 - Mis propios pasos 200
Capítulo 18 - La luz sin velos 210
Capítulo 19 - Ya no hace falta susurrar 220
Capítulo 20 - El baile que permanece 232

INTRO

La primera regla que inculcaba a mis alumnos era que, al bailar, nadie tiene por qué ceder el control de su propio cuerpo. Se puede confiar en la pareja, dejarse guiar por ella, incluso cerrar los ojos durante un instante, pero siempre hay que saber dónde termina su decisión y dónde empieza la nuestra.

Aquel jueves por la noche, yo misma tenía problemas para respetar esa regla.

Estaba en medio del salón de baile de un hotel de Olsztyn, con el programa de ensayos en una mano y el teléfono en la otra. Llevaba diez minutos sin dejar de vibrar. Al otro lado de los altos ventanales, la lluvia de noviembre desdibujaba las luces de la ciudad. Dentro olía a suelo recién pulido, a café y a las flores que alguien había colocado en los alféizares decididamente demasiado pronto.

—Renata, dime que no piensas volver a cambiar de sitio a todas las parejas —dijo Marta.

Mi amiga, que llevaba doce años trabajando como instructora de baile, me observaba por encima de su taza de té. Me conocía lo bastante bien como para reconocer una catástrofe por la manera en que ordenaba los papeles.

—No a todas. Solo a tres.

—Por supuesto. Es decir, a la mitad de la coreografía.

—Exageras.

—Y tú tienes cuarenta y siete años y sigues creyendo que, si planificas suficientes cosas, la vida no se atreverá a darte ninguna sorpresa.

La miré con reproche, pero no respondí. Tenía razón, y esa era una de sus características más irritantes.

El baile benéfico se celebraría dentro de seis semanas. El dinero recaudado se destinaría a equipar salas de rehabilitación infantil, y mi escuela de baile se encargaría de preparar el espectáculo de apertura. No se trataba únicamente de una actuación. Llevaba meses buscando la manera de poner en marcha en la escuela un programa permanente de clases para adultos que quisieran volver a moverse después de una larga pausa. Los organizadores del baile habían prometido presentarme a posibles colaboradores financieros.

Después de quince años al frente de mi propio negocio, sabía cuánto valían oportunidades como aquella.

También sabía lo deprisa que podían desaparecer.

—He encontrado a alguien que sustituya a Paweł —anunció Marta.

Levanté la cabeza.

—¿A quién?

—A alguien que, por lo visto, baila muy bien.

—Marta.

—Y ha aceptado ayudar sin cobrar.

—Marta, el apellido.

Mi amiga dejó la taza sobre la mesa.

—Krzysztof Orłowski.

Durante unos instantes solo escuché la lluvia golpeando los cristales.

Aquel nombre no pertenecía a mi vida actual. Estaba encerrado en algún lugar entre el gimnasio del instituto, las

cintas de casete y un vestido azul que mi madre me había arreglado para el baile de graduación. Pertenecía a una época en la que creía que bastaba con querer mucho a alguien para no tener miedo al futuro.

—¿Ese Krzysztof Orłowski? —pregunté.

—¿A cuántos conoces?

—A uno más de los que me gustaría.

Marta sonrió con cautela.

—Entonces estamos de suerte.

—¿Estamos?

—Tú necesitas una pareja para la coreografía principal. Él ha vuelto a Olsztyn. Va a fotografiar el baile y, por lo visto, todavía recuerda cómo se baila.

Yo lo recordaba.

También recordaba que, cuando teníamos diecisiete años, era capaz de guiarme por un salón abarrotado como si no existiera nadie más que nosotros. Que nunca contaba los pasos en voz alta, sino que tarareaba suavemente la melodía. Y que el último día de instituto me besó detrás del edificio del gimnasio y después se marchó a Varsovia, antes de que tuviéramos tiempo de decidir qué significaba realmente aquel beso.

No había sido ninguna gran tragedia. Dos adolescentes, dos ciudades distintas, dos vidas.

Y, sin embargo, la memoria tenía la extraña costumbre de conservar detalles de los que cualquier persona sensata debería haberse desprendido hacía mucho tiempo.

—No —dije.

—Todavía no lo has visto.

—Precisamente por eso digo que no.

Marta abrió la boca, pero la puerta del salón se entreabrió y dejó entrar el aire frío del pasillo.

Me volví.

El hombre que estaba en el umbral llevaba un abrigo oscuro, un jersey gris y pantalones negros. En una mano sostenía una bolsa de fotografía y en la otra, un paraguas plegado. Era más alto de lo que recordaba, o quizá mi memoria había conservado las proporciones de aquellos años. En su cabello oscuro habían aparecido algunas canas, y su rostro había adquirido rasgos más severos.

Había algo que seguía siendo exactamente igual.

Su manera de mirar.

No se apresuraba a juzgar. Primero examinó el salón, la pista de baile, las luces reflejadas en los espejos. Solo después detuvo los ojos en mí.

—Renata Gawron —dijo en voz baja.

No sonó como una pregunta.

—Krzysztof.

Sonrió ligeramente.

—Esperaba que me reconocieras.

—Es difícil olvidar al hombre que me pisó el pie durante mi primer concurso de baile.

—Eso fue hace cuarenta años.

—Treinta y cuatro —lo corregí automáticamente.

Su sonrisa se ensanchó.

—Así que sí te acuerdas.

Marta nos observó con la expresión de alguien que acababa de descubrir un tema magnífico para meses de conversaciones acompañadas de vino.

—Os dejaré un momento. Tengo que comprobar la música.

No intenté detenerla. Conservaba la suficiente dignidad como para no suplicarle a mi amiga que me rescatara de un hombre al que había visto por última vez en el siglo pasado.

Krzysztof se acercó. No demasiado. Se detuvo al otro lado de la mesa sobre la que había extendido mis documentos.

—Me han dicho que necesitas una pareja de baile.

—Necesito a alguien que venga a todos los ensayos, aprenda la coreografía y no intente improvisar.

—Entonces no me necesitas a mí.

—Eso mismo iba a decir.

Soltó una breve carcajada. No había ni una pizca de resentimiento en su risa, y aquello me desconcertó más que cualquier provocación.

—¿Sigues planificándolo todo? —preguntó.

—¿Y tú sigues pensando que planificar es un defecto?

—No. Solo recuerdo aquella vez que perdiste la hoja con la coreografía y acabamos haciendo el mejor baile de nuestra vida.

También recordaba aquella noche. El concurso en el salón de actos del instituto, el olor de la laca para el pelo, su mano apoyada en mi espalda y el instante en que, en lugar de dejarme llevar por el pánico, me permití seguir la música.

No pensaba decírselo.

—Fue hace mucho tiempo.

—Lo sé.

Durante varios segundos nos miramos sin decir nada. Observé que tenía pequeñas arrugas junto a los ojos y una marca de alianza en el dedo, donde la piel era visiblemente más clara que en el resto de la mano. Cuando se dio cuenta de dónde estaba mirando, se metió instintivamente la mano en el bolsillo del abrigo.

No pregunté.

Hacía mucho que había decidido que los matrimonios ajenos, los divorcios y las historias que se quedaban a medias no debían convertirse en mis problemas.

Sobre todo si pertenecían a un hombre ante el que, de pronto, recordaba cómo era yo antes de aprender a proteger mi propio corazón.

—¿Podemos intentarlo? —preguntó.

—¿Intentar qué?

—Bailar. Un minuto. Si decides que no sirvo, me marcharé y no volveré a molestarte.

Miré el reloj. El siguiente ensayo empezaría dentro de veinte minutos y todavía tenía que corregir la colocación de las parejas.

Tenía todas las razones del mundo para negarme.

—Un minuto —acepté.

Krzysztof se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla. Se remangó el jersey y luego me tendió la mano.

Vacilé.

No porque tuviera miedo de bailar. Había dedicado toda mi vida adulta a enseñar a otros cómo moverse al ritmo de la

música, cómo confiar en sus propios pies, cómo recuperar la seguridad después de un fracaso. Lo que me asustaba era algo mucho menos racional.

Que mi cuerpo lo recordara antes que mi razón.

Puse mi mano sobre la suya.

Estaba cálida, un poco áspera por el trabajo. Krzysztof no cerró los dedos con más fuerza de la necesaria. Esperó a que fuera yo quien se acercara.

Los primeros compases de un vals empezaron a sonar por los altavoces.

—¿Preparada? —preguntó.

—Siempre.

—Sigues mintiendo con la misma convicción que antes.

Quise responder, pero él dio el primer paso.

Y, de repente, dejé de pensar en las listas, los patrocinadores, los gastos de alquiler del salón y la interminable cantidad de obligaciones. No porque todo hubiera dejado de importar. Sencillamente, durante unos cuantos compases también existía otra posibilidad: podía dejar de llevar la iniciativa. Podía responder al movimiento de otra persona sin perder por ello nada de mí misma.

Krzysztof no bailaba a la perfección. En uno de los giros se retrasó un poco y en el siguiente tuvo que corregir la posición de los brazos. Pero escuchaba la música y me escuchaba a mí. Cuando cambié de dirección, no intentó imponer el paso anterior. Siguió mi decisión y después recuperó el liderazgo con naturalidad.

Así era exactamente como debía funcionar una pareja.

Nos detuvimos cuando la música se apagó.

Su mano permaneció un instante sobre mi espalda.

—Ha pasado un minuto —dijo.

—Me he dado cuenta.

—¿Y bien?

Me aparté despacio.

—Tienes que trabajar los giros.

—¿Eso significa que me quedo?

Miré la pista vacía y después volví a mirarlo.

Ya no conocía a aquel hombre. Solo sabía de él lo que había podido averiguar a través de unas cuantas fotografías publicadas en la prensa local y de noticias ocasionales que me llegaban por antiguos conocidos. No tenía ni idea de por qué había regresado realmente ni de qué buscaba en aquel lugar que ambos habíamos abandonado tiempo atrás.

Lo que sí sabía era que, durante el último minuto, no había querido que la música terminara.

—Te quedas una semana de prueba —respondí—. Después decidiré.

Krzysztof asintió.

—Me parece justo.

Cogió el abrigo, pero antes de ponérselo volvió a mirarme.

—¿Renata?

—¿Sí?

—Me alegra volver a verte.

Lo dijo sin sonreír. Sin coquetear, sin recurrir a ninguna broma tras la que pudiera esconder el verdadero significado de sus palabras.

Y precisamente por eso no fui capaz de responder enseguida.

Cuando se marchó, volví a quedarme sola en el salón, con el programa de ensayos, el café frío y el reflejo de una mujer que durante años había aprendido a no necesitar los brazos de nadie.

Me quedé mirando la puerta cerrada, sintiendo todavía en la espalda el lugar donde había descansado su mano.

¿Sería capaz de permitirle acercarse más sin resignarme, una vez más, a vivir a la sombra de una historia ajena llena de cosas que nunca llegaron a decirse?

Capítulo 1 - Los pasos que nunca olvidamos

El viernes por la mañana descubrí que el nombre de Krzysztof Orłowski era más eficaz que un café bien cargado para sacarme de mi aturdimiento matutino.

Aparecía en lo alto de un mensaje de la organizadora del baile, justo debajo de la información sobre un cambio en el calendario de ensayos. Deslicé el dedo por la pantalla del teléfono, intentando ignorar la extraña satisfacción que había sentido al ver su nombre. Ayer había aceptado concederle una semana de prueba. Hoy debía tratarlo como a cualquier otro participante del proyecto.

Ese era el plan.

El problema era que los demás participantes no me habían besado treinta años atrás, detrás del gimnasio del instituto.

—Tienes cara de mujer que acaba de recibir una notificación de Hacienda —observó Marta.

Estaba sentada en el suelo de nuestra escuela de baile, rodeada de cajas de cartón llenas de decoraciones. La pálida luz de una mañana de noviembre entraba por los altos ventanales. En el alféizar había dos tazas y, por los altavoces, sonaba suavemente una versión instrumental de un viejo éxito.

—Peor. Me han enviado un horario nuevo.

—¿Con Krzysztof?

No respondí.

Marta soltó una carcajada de satisfacción.

—Lo sabía.

—¿El qué?

—Que ese hombre iba a trastornarte la cabeza.

—Me ha trastornado el calendario. Hay una diferencia fundamental.

Abrí el portátil y mostré el esquema de la coreografía. El espectáculo principal debía comenzar con un vals, continuar con una parte más pausada interpretada por seis parejas y terminar con una composición contemporánea en la que la conducción clásica diera paso a movimientos más libres. Quería demostrar que el baile no termina con la juventud y que la cercanía no exige perfección.

Esta última idea resonó en mi cabeza de una manera peligrosamente personal.

—Él tiene cincuenta y un años —le recordé a Marta—. Yo, cuarenta y siete. Los dos somos lo bastante adultos para no convertir unos cuantos recuerdos en un melodrama.

—Es curioso que hayas sacado tú misma el tema.

Cerré el portátil con demasiada energía.

—Tengo que comprobar la iluminación antes del ensayo de hoy.

Marta levantó las manos en señal de rendición, pero vi su sonrisa.

A las cinco de la tarde, el salón del hotel todavía estaba vacío. Había llegado antes para marcar con cinta adhesiva los puntos por los que debían entrar las distintas parejas. Los técnicos terminaban de colocar los focos y alguien del personal movía las sillas a lo largo de la pared. Me gustaba aquel momento previo a los ensayos, cuando todo seguía siendo posible, antes de que el cansancio, las ambiciones y

los malentendidos de las personas empezaran a complicar hasta las ideas más sencillas.

Extendí mis notas sobre la mesa y puse la música.

—¿Siempre empiezas sin mí?

Me volví.

Krzysztof estaba junto a la puerta, vestido con pantalones oscuros y una camisa azul marino. Ya no llevaba el abrigo ni la bolsa de fotografía. Parecía menos un invitado y más alguien que realmente tenía intención de participar en los ensayos.

—Has llegado diez minutos antes —dije.

—Tú, veinte.

—Soy la organizadora.

—Y yo quería comprobar si tratas a todo el mundo con la misma severidad.

—Por supuesto.

—Entonces compadezco a todos.

Se acercó a la mesa, pero no miró mis apuntes sin permiso. Me fijé inmediatamente en aquel pequeño detalle. Con los años me había acostumbrado a personas que interpretaban mis planes como una invitación a proponer sus propias ideas.

—Tienes quince minutos para aprender la primera parte —anuncié—. Después se unirán los demás.

—¿Quince?

—¿Te parece poco?

—Es suficiente para memorizar los pasos. No necesariamente para aprender a conocerte.

Lo miré por encima de las hojas.

—No necesitas aprender a conocerme.

—Si vamos a bailar juntos, necesito saber cuándo piensas cambiar de dirección.

—Te lo diré.

—Precisamente eso es lo que me gustaría evitar.

Me enderecé.

—¿Perdona?

Krzysztof caminó hasta el centro de la pista. Durante unos instantes observó las marcas colocadas en el suelo.

—Ayer me di cuenta de algo durante aquel minuto. Conoces cada compás, pero intentas decidir también cuál será mi siguiente movimiento. Si pretendes dirigirnos a los dos, el público verá a dos personas siguiendo instrucciones, no a una pareja.

Sentí aquella conocida punzada de irritación que solía aparecer cuando alguien juzgaba mi trabajo antes de conocer sus fundamentos.

—Llevo más de veinte años creando coreografías.

—Lo sé.

—Entonces, ¿podrías dejarme hacer mi trabajo?

—Encantado. Con una condición.

Solté una risa sin humor.

—No estás precisamente en posición de imponer condiciones.

—Entonces no tienes por qué aceptar.

Lo dijo con tranquilidad, sin intención de provocarme. No estaba tratando de imponerse. Simplemente permanecía en medio de la pista, dispuesto a aceptar una negativa.

—¿Qué condición? —pregunté.

—Primero bailaremos la coreografía tal como la has preparado. Después, una vez sin tus indicaciones. Solo entonces decidiremos qué conservar.

—No pienso cambiar toda la coreografía por un solo compañero.

—Ni yo espero que lo hagas.

Lo observé durante unos instantes. Era tan obstinado como el muchacho que recordaba, pero aquel adolescente de diecisiete años solía esconder su terquedad detrás de una broma. Ahora Krzysztof no necesitaba ninguna máscara.

—Está bien. Dos versiones. Pero la decisión final será mía.

—De acuerdo.

Puse la música.

Ejecutamos correctamente la primera secuencia. Krzysztof memorizaba los pasos con rapidez, aunque sus movimientos todavía resultaban algo rígidos. Cuando corregía la posición de su brazo, no protestaba. Repetía los fragmentos más difíciles sin comentarios, concentrado, con el ceño ligeramente fruncido. Conocía a personas que disimulaban su inseguridad con bromas. Él se permitía no saber hacer algo.

Aquello resultaba sorprendentemente atractivo.

En el tercer giro detuve la música.

—Trasladas el peso demasiado pronto.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque intento anticipar lo que vas a hacer a continuación.

—No tienes que anticiparte. Basta con escuchar.

Levantó las cejas.

—Exactamente.

Tardé un segundo en comprenderlo.

—No utilices mis propias instrucciones en mi contra.

—No era mi intención.

—Mientes.

Sonrió.

Repetimos la secuencia. Esta vez reduje un poco la velocidad para darle tiempo a trasladar el peso. Respondió con mayor fluidez y la transición entre las figuras se volvió natural. Durante un breve instante sentí una satisfacción que no tenía nada que ver con demostrar que él tenía razón o quitársela.

Sencillamente, empezábamos a bailar juntos.

Cuando la música terminó, Krzysztof no se apartó de inmediato.

—Ahora mi versión —me recordó.

—Recuerdo nuestro acuerdo.

Eligió una grabación más tranquila, con un ritmo de piano claramente marcado. No reconocí la melodía, aunque su sencillez me gustó enseguida.

—¿Qué es?

—Una pieza que escuché cuando fotografiaba la actuación de un pequeño conjunto musical en Varsovia. Los músicos me permitieron quedarme con una grabación del ensayo.

—¿Fotografiabas música?

—A las personas que la creaban. La música fue un regalo inesperado.

Me tendió la mano.

La acepté, esta vez sin vacilar.

No seguimos una coreografía preparada. Krzysztof me guiaba con cuidado, dejándome espacio para responder. Al principio intenté adivinar qué vendría después. Dos veces me adelanté a su movimiento y, en una ocasión, estuve a punto de meterme entre sus pies.

—Deja de planificar —dijo en voz baja.

—Es fácil decirlo.

—Inténtalo durante cuatro compases.

Lo miré con escepticismo.

—¿Solo cuatro?

—No te pediría un milagro.

Me eché a reír.

Y fue precisamente entonces cuando algo cambió.

No en él. En mí.

Permití que el movimiento naciera de su guía y no de una decisión tomada de antemano. Krzysztof no intentaba lucirse con figuras complicadas. Cuando percibió que había recuperado la soltura, aceleró ligeramente y yo respondí sin pensarlo. Pasamos junto a una de las marcas y giramos en un punto que mi planificación no contemplaba.

Había algo peligrosamente familiar en aquello.

En el pasado también conseguía que me olvidara del público.

No nos detuvimos hasta que escuchamos unos aplausos.

Marta estaba en la puerta con dos alumnas.

—Perdonad que os interrumpamos —dijo con expresión inocente—. Pero creo que acabamos de ver algo que no figura en el programa.

Retrocedí un paso.

—Estábamos calentando.

—Por supuesto.

Krzysztof se acercó al altavoz y apagó la música. Me di cuenta de que no intentaba prolongar aquel instante ni comentar nuestra cercanía. Se lo agradecí, aunque al mismo tiempo sentí una decepción que no quería analizar.

Durante la siguiente hora y media trabajamos con todo el grupo. Krzysztof no se comportó como un antiguo conocido de la propietaria de la escuela. Cuando cometía un error, era él mismo quien pedía repetir el fragmento. Ayudaba a los participantes menos experimentados a encontrar el ritmo, pero no los corregía sin mi aprobación. Al final de la clase, una de las alumnas, la señora Elżbieta, confesó que le daban miedo los giros porque unos años atrás había sufrido una lesión de rodilla.

—No tenemos que hacer un giro completo —le dijo Krzysztof—. Podemos reducir la amplitud y mantener el ritmo.

—Pero entonces todos nos veremos diferentes —protestó ella.

—De todos modos, todos somos diferentes. Por suerte.

La señora Elżbieta se echó a reír y yo le propuse una figura más segura. Krzysztof me miró con una aprobación que no intentó ocultar. Aquel único gesto me produjo más placer que todos los elogios recibidos durante el último mes de preparativos.

Después del ensayo empezamos a recoger las marcas del suelo.

—Tenías razón con la primera parte —dijo.

—Lo sé.

—¿Ni siquiera vas a fingir modestia?

—No cuando se trata de mi trabajo.

Sonrió y me entregó el último trozo de cinta adhesiva.

—Pero la segunda versión también demostró algo.

—Demostró que todavía sabes improvisar.

—Y que tú sabes dejarte guiar por alguien.

Lo miré.

—No saques conclusiones demasiado precipitadas.

Su sonrisa desapareció, pero no porque se hubiera sentido ofendido.

—No lo haré, Renata. Sé que ya no soy el chico que conociste.

Durante unos instantes solo escuché el roce de los cables que los técnicos estaban guardando.

—Yo tampoco soy aquella chica —respondí.

—Me he dado cuenta.

La manera en que lo dijo me dejó sin la réplica que ya tenía preparada.

Krzysztof cogió el teléfono. La pantalla se iluminó con una llamada entrante. Solo alcancé a ver un nombre de mujer antes de que girara el dispositivo.

—Tengo que devolver esta llamada —dijo.

—No te estoy reteniendo.

Sin embargo, no se marchó inmediatamente.

—Me gustaría hablar mañana sobre las fotografías para los materiales promocionales. Los organizadores me han pedido que prepare una propuesta, pero no quiero hacer nada sin tu aprobación.

—Envíame el concepto.

—Preferiría enseñarte algunos ejemplos. Las fotografías a veces son más sinceras que las descripciones.

—¿Obsesión profesional?

—Probablemente.

Lo observé con mayor atención. Durante una hora había visto a un hombre capaz de aceptar correcciones, escuchar atentamente a los demás y no intentar adueñarse del espacio. Pero ahora volvía a ver la marca de la alianza y el teléfono que había guardado en el bolsillo.

No conocía su vida actual.

Aquella certeza me devolvió la prudencia.

—Hablaremos mañana en la escuela —decidí—. A las diez.

—Allí estaré.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo un instante.

—Y, Renata...

—¿Qué pasa ahora?

—Gracias por dejarme probar la segunda versión.

Me quedé sola en medio del salón, sosteniendo la cinta enrollada. No me gustaba lo mucho que significaba para mí su agradecimiento. Y todavía me gustaba menos que, por primera vez en muchos meses, no estuviera pensando únicamente en si el baile sería un éxito.

Pensaba en un hombre que sabía respetar mis reglas y que, al mismo tiempo, había conseguido que yo empezara a cuestionarlas.

A la mañana siguiente iba a hablar con él de fotografía.

Al menos ese era el motivo oficial de nuestro encuentro.

Capítulo 2 - Entre la luz y la sombra

El sábado llegué a la escuela de baile media hora antes de nuestra cita, aunque sabía perfectamente que preparar el salón no requería tanto tiempo.

Limpié los espejos, ordené los documentos y cambié el agua del jarrón de la recepción. Después pasé varios minutos preguntándome si la blusa azul marino resultaba demasiado elegante para una reunión de trabajo.

Aquello último fue lo que más me irritó.

No pensaba volver, pasados los cuarenta, a comportarme como una adolescente que se cambiaba de ropa tres veces antes de ver a un chico.

Así que me quité los pendientes que acababa de ponerme y, acto seguido, volví a ponérmelos.

—Una coherencia admirable, Renata —murmuré a mi reflejo.

Krzysztof llegó puntual.

Llevaba un jersey verde oscuro y una chaqueta clara. Tenía la bolsa de fotografía colgada del hombro y sostenía una bolsa de papel de una panadería cercana.

—No sabía si habías desayunado —dijo—. He comprado dos cruasanes. Si no quieres ninguno, me comeré los dos.

Lo miré con desconfianza.

—¿Intentas sobornarme con bollería?

—Depende. ¿Funciona?

—Todavía no lo sé.

—Entonces tenemos un buen punto de partida para negociar.

Lo hice pasar al pequeño despacho situado detrás de la sala de prácticas. La habitación servía al mismo tiempo de oficina, almacén de documentos y lugar donde, de vez en cuando, conseguía almorzar sin que nadie interrumpiera mis clases. En las paredes colgaban fotografías de las actuaciones de mis alumnos, pero no había ni una sola imagen mía.

Krzysztof lo advirtió casi inmediatamente.

—¿No te gusta que te fotografíen?

—Prefiero estar al otro lado del salón.

—Eso no es una respuesta.

—Entonces tendrás que conformarte con ella.

No insistió.

Abrió el portátil y me mostró una serie de fotografías tomadas durante anteriores acontecimientos benéficos. No eran las típicas imágenes de invitados elegantes posando delante de los logotipos de los patrocinadores. En una, un hombre mayor le arreglaba el collar a su esposa. En otra, una mujer se reía tan sinceramente que se le había corrido el maquillaje. También había una fotografía de unas manos entrelazadas durante un baile.

—Busco esos instantes en los que las personas olvidan que alguien las está observando —explicó.

Amplié la última fotografía.

—¿No te preocupa que alguien pueda sentirse incómodo?